



Ideas, pensamiento y política en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, entre los cincuenta y los sesenta¹

Ideas, beliefs and politics in Argentina, Brazil, Chile and Uruguay, between the fifties and sixties

Inés NERCESIAN*

Recibido: 20.5.12

Aprobado definitivamente: 21.6.12

RESUMEN

El propósito de este trabajo es analizar la relación ideas-pensamiento-política en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay en el período que abarca las décadas de 1950 y 1960. En primer lugar, se reconstruyen los principales debates de la CEPAL de los tempranos años cincuenta y su repercusión en los distintos proyectos y alternativas políticas de la época. En segundo lugar, se analiza cómo el triunfo de la Revolución Cubana obligó a revisar esos mismos problemas latinoamericanos, abriendo un nuevo escenario de alternativas políticas para las izquierdas y para las derechas. El estudio propone reubicar “revolución” y “violencia”, tópicos muy propios de la década de 1960, en un mapa integral de circulación de ideas que comenzó a conformarse en la coyuntura crítica de los 1950.

Palabras clave: América Latina, CEPAL, modernización, desarrollo, revolución, dependencia

ABSTRACT

This paper intends to analyze the relationship between politics, ideas and beliefs in Argentina, Brazil, Chile and Uruguay during the period 1950-1960. First, we reconstruct the main debates at CEPAL in the early 1950s and their repercussion on the distinct projects and political alternatives at that time. Second, we analyze how the success of the Cuban Revolution made it necessary to revise these same problems in Latin America, opening the door to a new scenario of political alternatives for the left- and right-wing. The study proposes reconsidering the

¹ Este texto expone resultados de la investigación realizada en el marco del proyecto *Condiciones sociohistóricas de la violencia política en América Latina 1954-1989*, dirigido por el Dr. Waldo Ansaldi con sede en el Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe. Es a su vez un brevísimo recorte de mi tesis doctoral titulada “La política en armas y las armas de la política. Surgimiento de la lucha armada en Brasil, Uruguay y Chile (1950-1970)”. Por este último motivo, es posible que se advierta un mayor desarrollo de estos tres casos, por sobre el argentino. Agradezco la lectura de Verónica Giordano y los comentarios de María Cristina Tortti, en ocasión de las III Jornadas de Historia Política, Montevideo (2011). Antes de ser publicado, este trabajo circuló por distintas instancias académicas, mi agradecimiento es también a los comentarios vertidos en cada uno de esos momentos. Por supuesto, a nadie hago responsable de posibles errores u omisiones.

* Socióloga, Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires, becaria posdoctoral de Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, con sede en el Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe. Correo: inercesian@hotmail.com

position of “revolution” and “violence”, topics that were highly characteristic of the 1960s, on an integral map of ideas that began to take shape in the critical instance of the 1950s.

Keywords: Latin America, CEPAL, modernization, development, revolution, dependence

SUMARIO

Introducción. 1. América Latina y los debates sobre la modernización. 2. Los ensayos desarrollistas. 3. La revolución tras la revolución. 4. “Ni Washington ni Moscú”, el tercerismo, el nacionalismo y la nacionalización de la izquierda. 5. De la Revolución Cubana a la Revolución Latinoamericana. 6. América Latina y los debates sobre la dependencia y el imperialismo. 7. Breves palabras finales.

Introducción

A partir de la coyuntura crítica de mediados de la década de 1950 América Latina inició una etapa de profundos debates. Desde entonces, temas como la modernización, el desarrollo, la industrialización, el papel de las clases y la relación centro-periferia se fueron instalando en la agenda de discusiones académicas y políticas. Tiempo más tarde, la Revolución Cubana que introdujo la “revolución” ya no como idea sino como una posibilidad latinoamericana, aportó nuevos enfoques esos mismos temas, tanto para las izquierdas como para las derechas. En esta coyuntura de transformaciones económicas, sociales, culturales y políticas de los años sesenta hubo una proliferación de alternativas y proyectos políticos que tuvo como factor común una propuesta de cambio. Este estudio reconstruye y analiza cómo se desplegaron esos proyectos de cambio en el plano de las ideas, el pensamiento y la política entre las décadas de 1950 y 1960 en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay.

1. América Latina y los debates sobre la modernización

Un buen momento desde el cual iniciar la reflexión sobre los años 1960 y el redescubrimiento de América Latina como problema es la década de 1950, cuando el nombre América Latina se consolidó como tal.² El nombre se impuso cuando fue adoptado por las instituciones multilaterales de la segunda posguerra, en particular en 1948, cuando la Organización de las Naciones Unidas (ONU) creó la Comisión Económica para América Latina (CEPAL). La CEPAL, cuyo objetivo era fomentar el desarrollo en los países latinoamericanos, se constituyó en un campo de reflexión y difusión de las ciencias sociales y sede de los principales debates políticos de la región (Ansaldi, 1991).

Desde la segunda mitad de los 1950, con el agotamiento del modelo de industrialización por sustitución de importaciones (ISI), distintas economías de América Latina comenzaron a manifestar señales de estancamiento. Este hecho, sumado a la crisis política que obligó a redefinir el bloque de poder dominante en cada uno de los países, propició reflexiones sobre la realidad presente y futura de América Latina. La CEPAL se convirtió en un centro desde donde se trazaban muchos de los ejes de discusión de la agenda latinoamericana: la relación centro-periferia, la cuestión del desarrollo y su consecuente proceso de industrialización. Pero además, la CEPAL logró amalgamar muy fuertemente pensamiento y política.

Dentro de la institución, fue clave la figura del economista argentino Raúl Prebisch, quien ejerció la Secretaría General entre 1950 y 1961. Su figura alcanzó una gran trascendencia debido a su desempeño institucional y a su producción intelectual. Prebisch elaboró, en forma

² En estricto rigor, no era la primera vez en la región que Latinoamérica se pensaba como conjunto. También en los años 1920, fue una preocupación de los intelectuales de la época, aunque más precisamente el problema fue formulado en términos de *Indo América*. Véase al respecto Funes (2006). Por una mirada comparativa entre los años veinte y sesenta véase Ansaldi y Funes (1998)

pionera, una explicación sobre los resultados del crecimiento desigual de la periferia latinoamericana y discutió con las ideas de la economía clásica y neoclásica, en particular, aquellas referidas al comercio internacional. Cuestionó la idea de la división internacional del trabajo y planteó la necesidad de una política de planeamiento racional, que garantizase inversión en infraestructura para acelerar el crecimiento económico. Muchas de estas ideas habían sido planteadas en forma pionera por Sergio Bagú, en sus libros *Economía de la sociedad colonial* de 1949 y *Estructura Social de la Colonial* en 1952. Esta línea de interpretación fue retomada tiempo más tarde por distintas figuras, entre las cuales estuvo la corriente de la CEPAL.

Si en el exterior la imagen de Prebisch estaba asociada al desarrollo de este conjunto de tesis heterodoxas en materia económica, en Argentina, para un nutrido conglomerado de sectores políticos, el nombre Prebisch evocaba al ciclo de gobiernos conservadores del período 1930-1943 (Altamirano, 2001). Tras el golpe de 1955 Prebisch intervino públicamente, dando a conocer un informe económico que luego asumió su propio nombre. A partir de entonces, se abrieron fuertes polémicas, en particular con el intelectual peronista Arturo Jauretche. Ese último consideraba que, al poner el acento en el impulso a la producción agraria, el documento tenía un fuerte sesgo antiindustrialista y suponía volver al país agrario, anterior al peronismo (Jauretche, 1973 [1955]).

Como sea, el debate argentino, aun con todas sus complejidades, mostraba los grandes debates de la época: la tensión entre la industrialización y la producción agraria, el papel del Estado y de las inversiones privadas en el desarrollo económico, la relación de las economías con el mercado mundial. En este marco, comenzó a desplegarse el proyecto desarrollista que impulsó Arturo Frondizi (1958-1962) junto a Rogelio Frigerio. Este último se había distanciado de las filas del Partido Comunista, convirtiéndose en un personaje clave del desarrollismo argentino. Si bien tenía algunos desacuerdos con las tesis cepalinas, la influencia de la institución sobre su pensamiento fue evidente.

Entre las figuras que pasaron por la CEPAL se encontró el economista uruguayo Octavio Rodríguez³ y el demócrata cristiano Juan Pablo Terra. Terra fue uno de los impulsores de la formación del Frente Amplio en 1971 y creador del Centro Latinoamericano de Economía Humana (CLAEH).

En Brasil y Chile la influencia de la CEPAL fue gravitante por distintos motivos. En el país brasileño por el peso específico que tenía el país a escala regional⁴ y en el país andino por haberse constituido en la primera sede de la organización.⁵

El brasileño Celso Furtado, un evidente lector de Prebisch y autor de dos materiales clásicos sobre el desarrollo, *Formación Económica del Brasil* (1959) y *Desarrollo y*

³ Octavio Rodríguez y Pedro Paz se desempeñaron como ayudantes del economista chileno Osvaldo Sunkel, cuando éste era director del Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES) y dictaba cursos sobre Teoría de Desarrollo. Más tarde, Sunkel y Paz publicaron un libro clásico, *El Subdesarrollo Latinoamericano* (1970). Por su parte, Rodríguez publicó un material clave para el conocimiento de las teorías cepalinas, *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL* (1980). Véase Treviño (2006).

⁴ Hay una anécdota muy significativa que ilustra el peso específico de Brasil en la región. En el documento de creación de la CEPAL, el inciso 16 otorgaba un plazo perentorio en el que debía decidirse si la Comisión asumía un carácter permanente o si se disolvía. Asimismo, se había estipulado que en el cuarto período de sesiones (recordemos que las sesiones tenían un carácter anual), a celebrarse en 1951, debía considerarse la continuidad de la Comisión. En ese encuentro la disputa por la permanencia estuvo muy reñida, pues los Estados Unidos insistían – como lo habían hecho desde el origen de la institución – en que era un organismo que superponía funciones con la ONU. La disputa se resolvió luego de que el presidente de Brasil, Getúlio Vargas (1951-1954), enviara un telegrama expresando su apoyo incondicional a la permanencia del organismo. A partir de allí, los miembros de la institución se volcaron a favor de la continuidad e, inclusive, los Estados Unidos terminaron votando a favor (Sáez, 2009).

⁵ En 1947, el embajador chileno, Hernán Santa Cruz, presentó una iniciativa ante la Organización de las Naciones Unidas (ONU) para la creación de una Comisión Económica para América Latina (CEPAL). Pese a las resistencias de los Estados Unidos y de la Unión Soviética, ésta finalmente se aprobó en 1948 y, puesto que el gobierno chileno había sido uno de sus principales promotores, su país fue elegido para ser sede de la organización.

subdesarrollo (1961), también hizo su paso por la CEPAL. Furtado participó del gobierno desarrollista de Juscelino Kubistchek desde el cual creó la *Superintendência do Desenvolvimento do Nordeste* (SUDENE), una dependencia del estado cuyo objetivo era fomentar el desarrollo económico en el nordeste de Brasil. Más tarde, se desempeñó como Ministro de Planificación del gobierno de João Goulart, entre 1962 y 1963. Furtado sostenía que la clave de la modernización eran la industrialización y el desarrollo, y que éstas debían ser planificadas desde el Estado.

En Chile, muchas de las ideas cepalinas se hibridaron, en los años 1960, con la política impulsada por los Estados Unidos, denominada Alianza para el Progreso y aplicada durante el gobierno de la Democracia Cristiana (1964-1970). También fue innegable la influencia de las tesis cepalinas en algunas de las propuestas de la Unidad Popular (UP). Una de las figuras significativas de este proceso fue el economista estructuralista, Osvaldo Sunkel, quien formó parte del grupo de discusión durante los años de la UP, tal como relata Tito Drago en su libro sobre Allende (Drago: 2003). Sunkel, además, fue uno de los economistas que encabezó el debate con los monetaristas ortodoxos, desde 1955 en adelante.

Gino Germani y José Medina Echavarría fueron pensadores enormemente influyentes en el pensamiento sociológico latinoamericano. Su obra – puede decirse – estuvo emparentada a algunas de las ideas cepalinas de la época, como la modernización. El sociólogo Gino Germani sostenía que las sociedades latinoamericanas presentaban un carácter dual, de coexistencia de dimensiones tradicionales con dimensiones modernas y la tendencia era de primacía de las segundas por sobre las primeras (Germani, 1996).

Desde la izquierda, también proliferó un planteo similar en cuanto a la visión de las sociedades en términos duales aunque, en este caso, se trataba de feudal *vs.* capitalista. El primero era expresión del conservadurismo de los terratenientes, oligarcas y caudillos; y el segundo, de los sectores modernos como la burguesía nacional, las clases medias y el proletariado industrial (Ansaldi y Funes, 1998).

Los Partidos Comunistas de la región, de alguna manera, se encontraban con estas ideas, a partir de la concepción de la revolución por etapas: primero democrático-burguesa y luego socialista. Esta tesis era defendida por Stalin desde la década de 1930 y se había consolidado en América Latina por lo menos desde 1935, luego de los intentos revolucionarios del Partido Comunista en El Salvador (1932) y Brasil (1935).

El Partido Comunista de Brasil, bajo el liderazgo de Luiz Carlos Prestes, sostenía, en 1949, que era necesario llevar adelante una lucha “por la independencia nacional, contra el yugo colonizador del imperialismo norteamericano” y que esta lucha era, a su vez, “contra los restos feudales, contra las formas precapitalistas de explotación...”.⁶ En el IV Congreso del PCB de 1954, se ratificaba esta posición bajo la consigna de que era necesario liberar al país del yugo imperialista, llevando adelante “transformaciones democráticas radicales que pongan fin a la opresión causada por los restos feudales y el latifundio”.⁷ Estas posiciones fueron confirmadas, incluso luego del XX Congreso del PCUS (1956), en la *Declaração de Marzo* (1958) y en el V Congreso del PCB (Nercesian, 2010b).

El Secretario General del Partido Comunista de Chile, Galo González, sostenía, en 1953, que era necesario “llevar a acabo las tareas de la revolución democrático-burguesa. Su objetivo no es terminar con el capitalismo y construir el socialismo, sino terminar con la dominación imperialista y feudal, único camino, que por otra parte, permite acercarse hacia el socialismo” (en Daire, 1988: 147).

El Partido Comunista uruguayo, en su Congreso XVII de 1958, sostenía que “los objetivos antiimperialistas (nacionales) de la revolución se entrelazan con sus objetivos agrarios y antifeudales (democráticos)...”.⁸ Con este Congreso, el partido definía el carácter democrático y antiimperialista de la revolución uruguayo como etapa previa al socialismo (Pérez, 1986: 44).

Rodolfo Ghioldi, uno de los principales dirigentes del Partido Comunista argentino, sostuvo, en esos años, que en la actual etapa del desarrollo argentino, el objetivo no era la

⁶ Informe Político de Luiz Carlos Prestes al Comité Nacional del PCB, en 1949 (en Prado, 1968:82).

⁷ Tesis del IV Congreso del PCB de 1954, (en Prado, 1968: 83).

⁸ Informe al XVII congreso del Partido Comunista del Uruguay, agosto de 1958.

instauración de un sistema socialista: “los comunistas reafirmamos la tesis, ampliamente difundida, de que el desarrollo nacional pasa necesariamente por la etapa agraria y antiimperialista de la revolución” (Ghioldi, 1952:15)

En suma, con sus diferencias, los PCs abonaban una interpretación de las sociedades en términos de feudalismo-capitalismo, que llevaba, como corolario político, a un diagnóstico sobre la necesidad de la revolución por etapas: democrático burguesa en una primera instancia, y revolución socialista en un segundo momento.

2. Los ensayos desarrollistas

La coyuntura crítica de mediados de 1950 exigía la búsqueda de nuevos caminos económicos y políticos. Así, se produjo el despliegue de las ideas sobre el desarrollo, que se dio junto a la creciente institucionalización de las ciencias sociales en América Latina. Esto ocurrió visiblemente en la *Universidade de São Paulo*, la Universidad de Buenos Aires, la Universidad Autónoma de México y la Universidad de Chile. Este proceso fue menos notable en el caso uruguayo. La creación de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS) en 1950 y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) en 1957 contribuyeron a la institucionalización de las Ciencias Sociales latinoamericanas.

En Brasil y en Argentina, la sinergia entre el desarrollismo y el nacionalismo fue más evidente que en otros países. Probablemente, una clave explicativa sea la previa experiencia populista que, en ambos casos, dejó como legado un marcado tono nacionalista e industrialista, volcado hacia el mercado interno. Los gobiernos desarrollistas posteriores heredaron la estructura económica, cultural y política, que les garantizó la posibilidad de iniciar el proyecto desarrollista. En el plano político, los populismos legaron un modo de hacer política basado en el esquema de alianzas en y desde el Estado, con los sectores urbanos de las clases dominadas y, en particular, con los trabajadores (Weffort, 1999). Este legado se constituyó en el principal recurso de las burguesías para legitimar el ejercicio del poder político en la coyuntura de crisis de hegemonía.

En Argentina, la victoria de Arturo Frondizi en 1958 fue posible gracias al caudal de sufragios proveniente del peronismo (que continuaba proscripto desde 1955), cuyo apoyo a Frondizi resultó de un acuerdo secreto con Juan Domingo Perón, tramitado por Rogelio Frigerio. Este último se había apartado de las filas del comunismo en 1955 e iniciaba su acercamiento con el peronismo. En Brasil, el gobierno de Juscelino Kubitschek (1955-1960) contó con el apoyo del varguismo y con la estructura del *Partido Trabalhista Brasileiro* (PTB). Ambos gobiernos impulsaron una política desarrollista que compatibilizaba el capital internacional y las radicaciones directas del capital privado extranjero con un Estado programador que orientaba el desarrollo económico.

La corriente nacionalista y desarrollista del gobierno de Kubitschek estuvo acompañada e impulsada por pensadores vinculados a la CEPAL, al Instituto *Superior de Estudos Brasileiros* (ISEB) – una institución vinculada al Ministerio de Educación y Cultura que funcionó entre 1955 y 1964 – y al Partido Comunista (PCB). La corriente cepalina tuvo fuerte arraigo en el país, desplazando a la posición de los monetaristas liberales de la época, cuyo representante era el economista Eugenio Gudim.

Tanto el ISEB como la CEPAL compartían la concepción de que el subdesarrollo de los países de América Latina era resultado de la acción imperialista de las potencias del centro, que buscaban mantener a los países de la periferia en su condición de exportadores de productos agrícolas y materias primas. Claro que la CEPAL, al ser un organismo de la ONU, no utilizaba el concepto imperialismo sino que se expresaba en términos de “centro” y “periferia”. Con algunas diferencias, ambos organismos partían del supuesto de que el desarrollo debía ser el producto de una estrategia nacional de industrialización (Bresser Pereira, 2006). Con estas premisas, se consideraba factible una asociación entre el empresario industrial (o burguesía nacional) y los políticos y técnicos del gobierno (el Estado), quienes debían coordinar el proceso.

La confluencia del PCB con este proyecto fue posible puesto que el partido, como ya se ha dicho, mantenía la tesis de la revolución democrático-burguesa en Brasil, para lo cual, la alianza de los obreros con la burguesía nacional en pos de una lucha común antiimperialista era crucial.

En Chile, el proyecto modernizador desarrollista del gobierno de Jorge Alessandri (1958-1964) no prosperó. Pese a que intentó medidas económicas en su favor, los industriales, lejos de sacar provecho de la nueva coyuntura, se volcaron a una actividad especulativa, mediante la cual importaban bienes de consumo y acumulaban divisas. En definitiva, parte de este fracaso puede ser atribuible a la alianza entre latifundistas y burguesía, en la cual primaron los rasgos culturales de los primeros por sobre los de la segunda y, además, el fuerte conservadurismo de la burguesía. Precisamente en esos años, Anibal Pinto Santa Cruz – investigador de la CEPAL desde mediados de los años 1950 – publicó el libro *Chile, un caso de desarrollo frustrado* (1959), en donde señaló las limitaciones de la industrialización chilena. Este material se convirtió en un clásico sobre el tema.

Además, en Chile, la injerencia de Estados Unidos en la política económica fue relativamente temprana. Ya en 1955, el gobierno de Carlos Ibáñez (1952-1958) contrató a una misión económica estadounidense denominada Klein-Sacks que propuso un plan de fuertes medidas ortodoxas y monetaristas y de reducción del papel del Estado. Si bien no todas las medidas propuestas fueron aplicadas, este hecho puso en evidencia la injerencia del país del norte.

La influencia de los Estados Unidos se observó, también, en el área de la educación. Entre las décadas de 1950 y 1960, la Universidad Católica creó convenios con la Universidad de Chicago para la formación de estudiantes posgrado. Tras sus estudios, los estudiantes chilenos se fueron insertando en las estructuras institucionales del país y se sumaron a los debates sobre la modernización y el desarrollo, con una postura claramente distinta a la de los cepalinos. Para los “Chicago Boys” – tal como fueron denominados – la doctrina guía era la restricción del papel económico del Estado (Correa Sutil, 2004).

Junto a ellos, otra corriente tuvo gravitación en la vida universitaria-política chilena: el “gremialismo”. Éste fue un grupo de jóvenes de derecha, también formado en la Universidad Católica que estaba dirigido por el estudiante Jaime Guzmán, un conservador devoto y crítico de la democracia liberal. Con un discurso “apolítico”, defendían ideas próximas al franquismo, para abreviar, tras el golpe de estado de Augusto Pinochet, en las tesis de la “democracia protegida”.⁹

El papel histórico de estos sectores se manifestó tiempo más tarde. Ambos fueron los intelectuales orgánicos de la dictadura (1973-1990). Mientras los Chicago boys contribuyeron a la aplicación del modelo económico neoliberal, los gremialistas fueron los mentores de una nueva Constitución, aprobada vía plebiscito en 1980, con rasgos fuertemente autoritarios.¹⁰

En Uruguay, la alternativa *liberal*, que propugnaba la disminución del papel del Estado en la economía, se impuso por sobre el proyecto *desarrollista* y por sobre el proyecto *socialista* (Caetano y Garcé, 2004). En las elecciones de 1958, el Partido Nacional alcanzó la mayoría del Consejo Nacional de Gobierno pues, por ese entonces, se trataba de un Poder Ejecutivo con formato colegiado. Desde ese momento, Uruguay avanzó en un camino de liberalización económica que, tiempo más tarde, fue profundizado por la dictadura militar (1973-1985).¹¹

En el sistema político, el Partido Nacional era uno de los principales defensores de la alternativa liberal. Según este grupo, la economía uruguaya padecía de un “dirigismo exagerado y equivocado” (Caetano y Garcé, 2004: 351). Poco más tarde, el discurso liberal logró ganar terreno dentro del Partido Colorado en cuyo seno comenzaron a abandonarse las posturas

⁹ Véase Valdivia (2006), Gazmuri (s/f)

¹⁰ Véase Valdivia (2011) y Gomes (2011)

¹¹ Esta periodización es tomada de Astori (1990) y Yaffé (2009). Ambos autores coinciden en señalar rasgos de continuidad en materia económica, desde 1959 en adelante.

dirigistas y proteccionistas a la vez que se impulsaban ideas tendientes a la apertura económica, la desregulación de los mercados y la iniciativa privada (Caetano y Garcé, 2004).¹²

En los años sesenta, el avance de las ideas liberales dentro del Partido Colorado se observó en la pérdida de peso de la línea desarrollista que representaban Amílcar Vascocellos y Zelmor Michellini, en el gabinete del gobierno de Oscar Gestido (quien gobernó entre marzo y diciembre de 1967). En 1967, en ocasión de la represión del gobierno y de los acuerdos de tinte liberalizador firmados con el FMI, estos políticos presentaron su renuncia denunciando la injerencia de Estados Unidos en materia económica.

Como se observa, los cuatro países ensayaron distintas salidas a la crisis abierta tras el agotamiento de la coyuntura favorable de la posguerra: Brasil y Argentina fueron un caso de combinación de nacionalismo y desarrollismo, probablemente gracias al legado de los populismos; Chile, fue un caso de fracaso del desarrollismo; y Uruguay, puede ser visto como un caso de primacía de la alternativa liberal.

3. La revolución tras la revolución

Si bien es cierto que el mapa de ideas de la región se terminó de delinear cuando, en 1961, la Revolución cubana asumió el carácter socialista, también es cierto que su victoria, en 1959, obligó a redimensionar las ideas políticas. Durante los primeros años, la dirigencia cubana reconocía que la suya era una revolución nacional y Fidel Castro negaba filiación ideológica de cualquier índole: “nuestra revolución no es comunista (...) es una revolución propia, tiene una ideología propia, tiene razones cubanas, es enteramente cubana y enteramente americana”.¹³

La Revolución cubana aparecía en un contexto en donde las ciencias sociales y la política discutían las causas del estancamiento económico, el subdesarrollo, la relación centro-periferia y los procesos de modernización. Cuba se presentaba como una alternativa distinta y posible frente al problema del subdesarrollo, mientras que los proyectos políticos que se pretendían superadores no terminaban de imponerse con éxito: el modelo de Frondizi en Argentina había sido interrumpido por un golpe de estado en 1962 y el de Kubitschek en Brasil no había alcanzado a dar respuestas a las crisis que resistían toda tentativa de solución ensayada por el gobierno, mediante una política conciliatoria entre los nacionalistas, los desarrollistas y los liberales monetaristas.

En Chile, los avances modernizadores de Jorge Alessandri (1958-1964), también infructuosos, le habían obligado a llevar adelante un viraje reformista, en función de la puesta en marcha de la denominada Alianza para el Progreso por parte del gobierno de Estados Unidos.

En Uruguay, el gobierno del Partido Nacional (1959-1967) creó, a instancias de la Alianza para el Progreso, la Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico (CIDE). La Comisión se constituyó con académicos y técnicos encargados de elaborar un diagnóstico sobre la situación económica y social uruguaya y fomentar medidas tendientes al desarrollo. Sin embargo, durante el gobierno Nacional, como ya se ha dicho, se impusieron medidas económicas orientadas hacia el desmantelamiento del modelo neobatllista de la segunda posguerra. A mediados de los años sesenta, quienes se habían entusiasmado con las tesis desarrollistas irradiadas desde la CEPAL, comenzaron a advertir que la experiencia de la planificación realizada en la CIDE había fracasado. Se responsabilizó al sistema de partidos acusado de no poseer una voluntad política para aplicar aquellos planes, pero a su vez se revisaron las ideas respecto del desarrollo económico: algunos abrazaron el marxismo y la teoría de la dependencia; otros recibieron la influencia del liberalismo económico (Garcé, 2009: 88).

Sin dudas, la existencia de una Cuba revolucionaria reavivaba los debates en el plano de las ideas y de la política, incluso para las derechas. Estas últimas, acorraladas por el avance de las distintas ideas de cambios radicales, observaban cómo su repertorio ideológico y discursivo, desde el liberalismo o el conservadurismo, caía en desuso.

¹² Esto se manifestó visiblemente en la lista 15 dentro del Partido Colorado (fundada en 1947 por Luis Batlle Berres).

¹³ Fidel Castro, *El mundo*, La Habana 9/5/1959 (en Bandeira, 2007: 184-185).

“Revolución” se convirtió en un concepto usufructuado por todas las fuerzas del espectro ideológico-político, y no exclusivamente por las izquierdas. Tras el golpe de estado de 1964 en Brasil, los militares apelaron al concepto de revolución en sus discursos públicos y en sus comunicados. Los militares argentinos, luego del golpe de estado de 1966 que colocó a Juan Carlos Onganía en el poder, iniciaron una dictadura autoproclamada “Revolución argentina”. Asimismo, las dictaduras institucionales de Uruguay (1973) y Chile (1973), apelaron a la noción de revolución en sus proclamas.

El gobierno de los Estados Unidos comenzó a alertarse por las posibles consecuencias de la Revolución Cubana. Según su visión, las condiciones de subdesarrollo de América Latina exigían cambios profundos, de lo contrario las tendencias nacionalistas o socialistas se propagarían tomando como inspiración el modelo cubano. Con este diagnóstico, John F. Kennedy lanzó la Alianza para el Progreso, retomando el viejo proyecto de la Operación Panamericana que, años antes, había propuesto Juscelino Kubitschek.¹⁴ Esta suponía que Estados Unidos contribuiría con apoyo económico, e inclusive político, para que Latinoamérica avanzara hacia un proceso de reformas moderadas y redistributivas que implicaran salir del subdesarrollo.

La Alianza para el Progreso no prosperó porque buena parte de los países que integraban la Organización de los Estados Americanos (OEA) ofrecieron resistencias a las transformaciones propuestas, especialmente Brasil, un peso pesado dentro de la OEA.¹⁵ Guevara, en su rol de Ministro de Industrias de Cuba, criticó fuertemente el Programa el cual, según su perspectiva, no iba a fondo con las reformas sociales y con el desarrollo y la industrialización económica y esto reproducía una división internacional del trabajo, poco favorable para América Latina.¹⁶

La aplicación del programa tuvo éxito relativo en Chile y estuvo a cargo del derechista Jorge Alessandri y del demócrata cristiano Eduardo Frei. En 1962, Alessandri produjo un viraje en su gobierno y avanzó en una política reformista que incluyó la aplicación de algunas de las medidas propuestas por la Alianza para el Progreso: la Ley General de Elecciones y la Ley de Reforma Agraria.

Con todo, las transformaciones más significativas ocurrieron durante el gobierno Demócrata Cristiano de Eduardo Frei Montalva (1964-1970). La temprana injerencia de los Estados Unidos en los asuntos internos (al menos desde mediados de los años 1950) y la enorme influencia de las tesis cepalinas en el pensamiento de Eduardo Frei fueron sustanciales para la aplicación del programa. Asimismo, los cambios ideológicos de la Iglesia Católica, que había adoptado políticas de “integración” y “humanización del capitalismo” como estrategia de contención al comunismo, irradiaron sobre la Democracia Cristiana.

El jesuita Roger Vekemans, una figura clave en el proceso de institucionalización de la sociología en Chile, tuvo gran injerencia en este proyecto. Vekemans tenía cierta preocupación por la situación revolucionaria de la región y fue en ese contexto que definió la teoría de la modernización para Chile, convertida en la doctrina oficial de la “Revolución en libertad” del gobierno de Frei.

En efecto, la Iglesia mostraba preocupación por las repercusiones de la Revolución Cubana. En diciembre de 1962, la revista católica *Mensaje* dedicó un número especial al tema de la revolución en América Latina, considerándolo un proceso prácticamente inevitable:

Una inmensa y cada vez más creciente mayoría está tomando conciencia de su fuerza, de su miseria y de la injusticia de ese “orden” político, jurídico,

¹⁴ Kubitschek había propuesto al gobierno republicano de Dwight D. Eisenhower, en 1958, un plan denominado Operación Panamericana. Éste era una suerte de Plan Marshall aplicable a los países de América Latina, por medio del cual se alentaría el desarrollo económico, evitando la injerencia de la Unión Soviética en el marco de la guerra fría.

¹⁵ Inclusive, cuatro días después del lanzamiento del Programa en Punta del Este, el presidente brasileño Jânio Quadros (1960-1961) recibió públicamente al *Che* en su país y le entregó la máxima condecoración, el *Ordem Nacional do Cruzeiro do Sul*. Este hecho fue leído con profundo recelo tanto por los Estados Unidos como para las Fuerzas Armadas y las derechas brasileñas. Tras este acontecimiento, presionado por distintos sectores, Quadros presentó su renuncia.

¹⁶ “Discurso pronunciado el 8 de agosto de 1961”, (Guevara, 1996).

social y económico que se le obliga a aceptar; y esa mayoría no está dispuesta a esperar más. Exige un cambio: un cambio rápido profundo y total de las estructuras. Si es necesaria la violencia, está dispuesta a usar la violencia.¹⁷

Frente a la revolución que ya se había echado a andar, la revista se preguntaba: “¿qué actitud ha de tomar el cristiano?” y la respuesta era categórica: “Frente a la ‘revolución en marcha’ es imposible permanecer neutral” (...) “Nuestra tarea ha de revivir un cristiano auténtico; dar a la revolución en marcha su verdadera y profunda dimensión: la cristiana”.¹⁸ Como se ve, la estrategia que proponía la Iglesia era montarse a la ola revolucionaria, pero dando una vuelta de timón.

En este marco, el programa impulsado por los Estados Unidos representaba una buena fórmula para contener el sostenido crecimiento electoral de la izquierda política. El progreso del candidato socialista, Salvador Allende, en las elecciones de 1952 y 1958, alertaba a las fuerzas del centro y la derecha chilena, como a ningún otro país del Cono Sur.¹⁹ Así, se desplegó un proceso de modernización capitalista de carácter reformista, que adoptó como doctrina oficial la “Revolución en Libertad”, en contraste notable con la modernización conservadora aplicada en muchos países de la región: la dictadura institucional en Brasil (1964-1985), la autoproclamada “Revolución Libertadora” (1955-1958) y la -también autoproclamada- “Revolución Argentina” (1966-1973), y el gobierno constitucional con elementos represivos en Uruguay (1967-1972). En Argentina y Uruguay estos regímenes fueron la antesala de las dictaduras institucionales de los años setenta.

4. “Ni Washington ni Moscú”, el tercerismo, el nacionalismo y la nacionalización de la izquierda

La nacionalización de la izquierda fue un fenómeno que se dio en algunos países más fuertemente que en otros. En Uruguay, en el marco de la guerra fría, la corriente denominada tercerismo adquirió gran repercusión dentro de la intelectualidad. A decir verdad, sus orígenes se remontan a los enfrentamientos de los años 1930, entre los demócratas y quienes simpatizaban con el gobierno dictatorial de Gabriel Terra (1933-1938), momento en el cual se pasó de una postura antifascista “al desencanto respecto del modelo soviético y a la asunción de una tercera posición entre el capitalismo y el comunismo” (Rama, 1987: 93).

El tercerismo juzgaba necesario oponerse a cualquier modalidad del imperialismo: “ni Washington ni Moscú. El tercerismo – escribió [Carlos] Quijano (una de las figuras más representativas de esta corriente) – es propio de quienes no quieren ser “ni los súbditos de Stalin ni de Truman” (Caetano y Garcé, 2004: 343). Sólo a partir de una ruptura de los lazos con el imperialismo norteamericano se podría avanzar en la prosperidad económica y la justicia social, pero esto tampoco significaba la adhesión automática a los lineamientos de Moscú.

Cuando se dio a conocer el triunfo de la Revolución cubana en 1959, y antes de que ésta asumiera el carácter marxista-leninista, la revolución fue “el sueño dorado’ del tercerismo. Ella fue vista como la expresión de un movimiento de liberación “sin infiltración comunista’, auténticamente popular y antiimperialista” (Caetano y Garcé, 2004: 345). No era raro que el tercerismo se ilusionara con Cuba. De hecho, en los primeros tiempos de la revolución, el propio Che Guevara, tras un viaje por distintos países del Tercer Mundo, sostenía una posición contraria a comprometerse con cualquiera de las dos potencias mundiales.

¹⁷ “Revolución en América Latina”, editorial *Mensaje*, N° 115, diciembre de 1962 (en Correa Sutil, 2004: 287).

¹⁸ *Ibidem*.

¹⁹ En las elecciones de 1952, Salvador Allende había alcanzado un 5,4 % y en las de 1958 un 28,5 %, a sólo a treinta mil votos del ganador, Jorge Alessandri (Moulian, 2006: 189).

Tras el fracaso de la invasión norteamericana a Playa Girón en 1961, Fidel Castro proclamó el carácter socialista de la Revolución y su adhesión al marxismo leninismo y avanzó en su relación con la URSS. Estos hechos obligaron a una reformulación de las miradas sobre el proceso cubano, produciéndose una profunda crisis dentro del tercerismo.

Este viraje del proceso cubano no sólo sorprendió a los terceristas. El propio Raúl Sendic sostuvo en el Comité Ejecutivo del Partido Socialista del que todavía era miembro: “bueno, ahora, ya no hay más apoyo incondicional a la revolución cubana. La tenemos que poner en el fichero en el mismo lugar que la revolución china y la revolución rusa” (José Díaz en Lessa, 2003:105).

La experiencia de Cuba no fue la única que despertó adhesiones dentro de la izquierda. Los Movimientos de Liberación Nacional en el Tercer Mundo, particularmente en Asia y África, “parecían probar que se había puesto en marcha un inquebrantable movimiento destinado a romper con el equilibrio de las relaciones de fuerza en el mundo” (Ponza, 2006), en el contexto del reparto de aliados entre Estados Unidos y la Unión Soviética. De ahí que, las posturas que, de un modo u otro, se ubicaban en línea con el tercerismo no fueron totalmente enterradas.

Distintas figuras adhirieron al tercerismo: pensadores y ensayistas nucleados en torno a la revista *Marcha*; intelectuales pertenecientes al grupo llamado “revisionista”, sectores dentro de la izquierda, particularmente los socialistas, que no hallaban una salida posible en el internacionalismo del Partido Comunista y la sujeción a la URSS; y algunos otros grupos como la Federación de Estudiantes Universitarios (FEUU), por la cual transitaban grandes figuras políticas que formaron parte de partidos u organizaciones de izquierda en los años 1960 (Rey Tristán, 2006).²⁰

Fundado en 1939, *Marcha* se convirtió en un espacio de divulgación de problemas políticos latinoamericanos. Dirigido por Carlos Quijano (hasta 1974), *Marcha* fue el lugar privilegiado desde el cual se discutieron problemas tales como el imperialismo, el desarrollo económico y las crisis políticas de Uruguay y de América Latina. Inclusive, puso en discusión la idea de la revolución y de la liberación nacional como posibilidades para América Latina. Sin oponerse abiertamente a la vía armada, el semanario presentaba una visión alternativa de cambio frente a las experiencias revolucionarias (Gilman, 1993).

Como director del semanario, Quijano se convirtió en una figura destacada, que combinaba ideas socialistas, antiimperialistas y democráticas. Según Quijano, el socialismo debía garantizar la libertad: “Me inclino ante las realizaciones de la Unión Soviética [...] pero la verdad es que el modelo no nos sirve [...]. Como no creo en la dictadura creo que el socialismo tiene que ser en libertad, es decir, con democracia”.²¹ Esta postura que Quijano sostuvo de defensa de la democracia podía observarse incluso luego del triunfo de la Revolución Cubana.

En los primeros años 1960, el semanario incorporó nuevos jóvenes escritores y profesionales, entre quienes estaban Carlos Núñez, Carlos María Gutiérrez, Eduardo Galeano y María Ester Giglio (autora del libro *La guerrilla Tupamara*, publicado por primera vez en 1970).²² También pasaron por el semanario muchos brasileños quienes, tras el golpe de estado de 1964, habían encontrado refugio en Uruguay y desde allí publicaron, durante el período 1971 y 1973, una serie de notas denunciando una posible intervención de Brasil a Uruguay (Schilling, 1978).

La Revolución Cubana produjo un variado repertorio de consecuencias políticas, entre ellas, el acercamiento entre la izquierda y el nacionalismo. En Uruguay esto se observó a través

²⁰ Entre las figuras más destacadas se encuentran Ariel Collazo del Movimiento Revolucionario Oriental (MRO, 1961), José Díaz del Partido Socialista (PS, 1910), Gerardo Gatti de la Federación Anarquista Uruguaya (FAU, 1956).

²¹ Carlos Quijano, *América latina: una nación de repúblicas*, (en Caetano y Garcé, 2004: 347).

²² Véase Gilman (1993). Sobre el rol de los intelectuales en América Latina, véase de la misma autora (2003)

de la figura del líder socialista Vivián Trías, identificado por Adolfo Garcé y Jaime Yaffé como un exponente de la “nacionalización de la izquierda”. En los años 1960, Trías se erigió en líder del Partido Socialista, cuando comenzó a ganar peso dentro de la dirección del Partido, desplazando al histórico liderazgo de Emilio Frugoni. El hecho de comenzar a utilizar el término revolución en vez de la noción de cambio evolutivo es quizás el motivo principal de su mayor gravitación dentro del partido. En cambio, Frugoni, aun tras el triunfo de la revolución cubana, continuaba reivindicando la defensa de la democracia y el cambio progresivo (Frugoni, 1960).

Seguramente, Trías estuvo influenciado por su paso por Cuba y por su participación en la Segunda Declaración de La Habana de 1962. De regreso de ese viaje, sostuvo: “Fidel Castro descubrió la nueva estrategia que destruiría ese mito: la guerrilla desarrollada en el medio campesino (...). El Ejército rebelde es un ejército campesino. La clase obrera se incorpora a la lucha más tarde aunque su rol es decisivo...”²³

Trías proyectaba una “matriz blanca” en su interpretación de la historia, una fuerte afirmación del nacionalismo, una búsqueda de lo que llamaba “las mejores tradiciones” del pasado nacional y un rechazo al prisma civilizatorio como clave de construcción de la memoria colectiva (Caetano y Rilla, 1995). Amalgamó ideas nacionalistas y marxistas, al tiempo que se alejó de las posiciones social-demócratas de tinte más liberal que habían definido su trayectoria hasta entonces. Con esto, el caudillismo y las acciones armadas de las masas rurales en el siglo XIX pasaban a ser identificadas con la lucha anticapitalista y antiimperialista contemporánea (Rama, 1987). Trías sostenía que para que el PSU pudiera ser un instrumento en la lucha por la liberación nacional debía aprender a apoyarse en las mejores tradiciones nacionales.²⁴

Es posible también identificar esta recuperación de la historia nacional en Movimiento de Liberación Nacional – Tupamaros (MLN-T). El MLN-T construía un paralelismo entre la historia nacional del siglo XIX uruguayo y la lucha contemporánea antiimperialista de los años 1960/1970. La “revolución inclusiva” del artiguismo debía ser retomada en contexto moderno y la contradicción imperialismo-nación era recuperada desde una perspectiva desde la cual la nación excedía las fronteras nacionales: “El socialismo en América Latina será nacionalista y a la inversa” (MLN-T, 1987: 7).²⁵

También en Chile se alentó una visión contraria a la adhesión a las dos superpotencias, en este caso el referente fue Raúl Ampuero, del Partido Socialista. En 1961, en una conferencia titulada “Reflexiones sobre la Revolución y el Socialismo”, aun asumiéndose marxista, Ampuero sostuvo que “la peor manera de responder a nuestra misión revolucionaria es caer en la exégesis simple de los viejos textos sagrados o en la imitación servil de la estrategia extranjera” (Jobet, 1971: 87). Cuestionaba el seguidismo de los comunistas a los lineamientos tanto de Moscú como de China. En particular, discutía la tesis de la revolución democrático-burguesa, que soviéticos y chinos compartían. Según él, las burguesías latinoamericanas eran tributarias del imperialismo, de modo que era imposible encarar con ellas ningún proceso revolucionario. Asimismo, reivindicaba las experiencias progresistas que habían rehusado a comprometerse con la política soviética. Fueron los casos de Yugoslavia y Argelia, auténticas revoluciones socialistas, independientes del bloque soviético y contrarias al bloque democapitalista (Jobet, 1971: 87).²⁶

²³ Vivián Trías en *Marcha*, 26 de enero de 1962 (en Lessa, 2003 : 104)

²⁴ “A la búsqueda de una tradición”, en *Marcha*, 30 de noviembre de 1962, (en Caetano y Rilla, 1995: 44).

²⁵ Trabajé este tema en Nercesian (2010c). Aldrighi planteó primeramente esta cuestión en su libro *La izquierda armada* (2001).

²⁶ Desde su creación en 1933 el Partido Socialista sufrió varias divisiones internas hasta la reunificación en 1957. Bajo la dictadura, los socialistas volvieron a sufrir otra escisión, quedando por un lado, el grupo que permaneció en Chile y, por el otro, el sector liderado por Carlos Altamirano que se encontraba en el exterior. Este último sector, realizó una autocrítica respecto de la radicalidad de los socialistas durante el gobierno de Allende y comenzó a revalorizar la democracia liberal. Por una historia del Partido Socialista véase Jobet (1971), Witker (1993).

En otros dos países, Argentina y Brasil, la hibridación entre la izquierda y el nacionalismo se produjo a partir del legado de las experiencias populistas lideradas por Juan D. Perón y Getúlio Vargas, respectivamente.

En Argentina, tras el golpe de estado de 1955, hubo una revisión del peronismo que hizo posible el encuentro entre la izquierda y ciertas ideas nacionalistas. Según Carlos Altamirano, se trató de un proceso de “autoculpabilización” de los intelectuales, que se reprochaban su incompreensión del peronismo (Altamirano, 1987; Terán, 1993). Uno de los exponentes de este proceso fue Rodolfo Puiggrós quien, tras su distanciamiento de las filas del comunismo se acercó al movimiento peronista. Según él, por no entender el peronismo, en 1945 socialistas y comunistas “tildaron de nazifascista lo que era la más ardiente y fuerte expresión de voluntad emancipatoria de nuestro pueblo” (Puiggrós, 1986:14).

Estas posiciones alentaron un proceso de “nacionalización de la izquierda” (Terán, 1993: 101) y de revisión del peronismo. Así, se comenzó a “reinterpretar la historia, en particular de la clase obrera y a 'descubrir' aspectos y potencialidades revolucionarias en el peronismo: a partir de ese momento, una amplia franja de la izquierda se 'peronizó” (Tortti, 2000: 137).

Este acercamiento hacia el peronismo se produjo incluso antes de que Perón hiciera su aproximación política a la izquierda, iniciada durante su exilio en Europa. Tiempo más tarde, el diputado peronista John William Cooke se convirtió en una figura clave de esta estrategia y fue uno de los impulsores de la izquierda peronista revolucionaria.

Si en Argentina hubo un proceso de autoculpabilización muy marcado, en Brasil, los comunistas no tuvieron necesidad de hacer una autocrítica tan severa respecto de su relación con el pasado varguista. Claro, ésta no había sido tan hostil como la de la izquierda argentina con el peronismo.

Tras años de distanciamiento con el varguismo, durante el período del *Estado novo*, a lo largo del cual los comunistas denunciaron sistemáticamente a la “dictadura fascista”, ambas fuerzas políticas tuvieron un acercamiento. El primero de ellos ocurrió cuando se inició el proceso de democratización que puso fin a la dictadura estadonovista. En el contexto de auge de la lucha antifascista, Prestes llamó a apoyar al líder del PTB en su política de guerra contra el nazismo y Vargas le dio la amnistía a muchos comunistas que estaban presos desde la década de 1930 (Moraes y Viana, 1982).

En 1954, el suicidio de Vargas volvió a colocar al PTB en el centro de los debates de los comunistas. Lo que estaba en discusión era la necesidad de ampliar el trabajo de masas, siempre en línea con las tesis de Moscú, y, sobre todo, la relación de los trabajadores con el varguismo. Tras la muerte del líder, el PCB consideró recuperar el legado del *trabalhismo* (Tavares Coelho, 2006: 53) y en las elecciones presidenciales que siguieron (1956), los comunistas decidieron acompañar con el voto a la fórmula Juscelino Kubitschek - João Goulart.

El legado del varguismo se hizo notar incluso más allá del golpe de estado de 1964. Leonel Brizola, exgobernador de Rio Grande do Sul y una figura clave dentro del *trabalhismo*, fue quien creó el *Movimiento Nacionalista Revolucionário* (MNR) en 1966. Esta organización nacía con el propósito de defender el gobierno depuesto de Goulart (1961-1964), con quien Brizola tenía una relación personal. El movimiento de Brizola tenía antecedentes en 1961 cuando, en ocasión del intento de golpe que pretendía frenar la asunción de Goulart, el exgobernador organizó la resistencia. En ese momento, el grupo se formó con algunos militares legalistas nacionalistas con Paulo Schilling, mano derecha del exgobernador dentro de la corporación militar. Tras el golpe de estado de 1964, Brizola se exilió en Montevideo y desde allí comenzó a organizar la resistencia armada, junto a otros refugiados que huían de la dictadura. La experiencia no tuvo éxito y fue desmantelada por los militares incluso antes de que comenzara a operar.

5. De la revolución cubana a la revolución latinoamericana

La Revolución Cubana trajo consigo una nueva concepción de la política. Para el comunismo, significó el cuestionamiento de tesis largamente instaladas. La experiencia de Cuba demostraba que no siempre había que esperar a que se dieran todas las condiciones para la

revolución, sino que éstas podían ser creadas a partir de la *acción directa* transformadora y creadora de la situación revolucionaria. Éstas fueron las tesis que expuso Ernesto Che Guevara en *Guerra de guerrillas*, texto escrito y publicado después del triunfo revolucionario en 1960.

En 1961, Frantz Fanon publicó su primera edición de *Les damnés de la terre*, donde abordaba la vinculación entre la lucha anticolonial, la construcción nacional y la humanización. Como sostiene Eduardo Devés Valdés, subrayando la radicalidad del pensamiento del martiniqueño, “pocos autores son, como Fanon, tan años 60” (2008:196).

Según Fanon, la violencia era constitutiva del mundo colonial y era una respuesta defensiva para la ruptura de ese lazo. La descolonización es siempre un fenómeno violento. Pero además, siempre según Fanon, ella es “creación de hombres nuevos” (1971: 31).²⁷ Jean Paul Sartre también puede ser incluido entre esos pocos autores “tan años 60”. Sartre prologó *Los condenados de la tierra* con una encendida defensa de la descolonización, la unidad del Tercer Mundo y la creación del hombre nuevo. La violencia no sólo era necesaria sino también liberadora.

La idea del hombre nuevo apareció recurrentemente en los escritos del Che Guevara. El texto donde expuso este punto fue “El socialismo y el hombre en Cuba”, una carta que había escrito al director de *Marcha*, Carlos Quijano, en 1965. Según Guevara, “para construir el comunismo, simultáneamente con la base material hay que hacer al hombre nuevo” (Guevara [1965], 1996:188).

Fue el MLN-T uruguayo una de las organizaciones que más recuperó estas ideas de Guevara. El guerrillero debía tener cualidades personales más allá de las militares o las políticas, las cuales siempre podían ser adquiridas con el entrenamiento: “Las cualidades básicas son la honestidad, la firmeza de ideas y la discreción. Nada se puede hacer sobre una materia prima que carece de estas cualidades primarias. [...] Si no tiene buenos sentimientos, si no es honesto, no hay base para extraer de allí, un cuadro revolucionario” (MLN-T, 1968).

Entre los primeros escritos de Guevara se encuentra el ya mencionado *Guerra de guerrillas*, un manual operativo donde volcaba toda su experiencia de Cuba. Allí Guevara sostuvo una de las tesis que más hizo mella en la izquierda de la época: “No siempre hay que esperar a que se den todas la condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas” (Guevara [1960], 2003: 29).

La estrategia del foco insurreccional encontró en Régis Debray su propio teórico. En 1967, el intelectual parisino publicó *¿Revolución en la Revolución?*, en donde realizó un análisis del proceso revolucionario cubano. Debray definía el foco en los siguientes términos: “Primero se va de lo más pequeño a lo más grande. [...] Lo más pequeño es el foco guerrillero, núcleo del ejército popular, y no es un frente que crea ese núcleo, sino que es el núcleo el que, al desarrollarse, permitirá crear un frente nacional revolucionario” (Debray, 1967:25).

En rigor, los materiales de Guevara sobre el foco insurreccional tenían matices con los planteos de Debray. Según el Che, si bien el foco se inicia con un grupo pequeño de integrantes, requiere del apoyo popular: “...la lucha guerrillera es una lucha de masas, es una lucha de pueblo: la guerrilla, como núcleo armado, es la vanguardia combatiente del mismo, su gran fuerza radica en la masa de la población”. “...La lucha guerrillera es una lucha de masas, es una lucha de pueblo”, “... el apoyo de la población del lugar [es] una cualidad *sine qua non*...” (Guevara [1960], 2003:31). Así, resultaba necesaria la construcción de consenso basado en la convicción general de la violación del estado de derecho, condiciones en las cuales el descontento popular crearía un estado de resistencia que acompañaría las acciones de la guerrilla (Guevara [1960], 2003:30).

En 1963, el Che volvía sobre este aspecto: “suele criticarse a aquellos que quieren hacer la guerra de guerrillas, aduciendo que se olvidan de la lucha de masas, casi como si fueran métodos contrapuntos. Nosotros rechazamos el concepto que encierra esa posición; la guerra de guerrillas es una guerra del pueblo, es una lucha de masas. Pretender realizar este tipo de guerra sin el apoyo de la población es el preludio de un desastre inevitable”.²⁸

²⁷ La primera edición en español de libro de Fanon, *Los condenados de la tierra*, es del año 1963. La que utilizamos en este trabajo es de 1971, editada por Fondo de Cultura Económica.

²⁸ “La guerra de guerrillas: un método”, 1963 (en Guevara, 1996:356).

En febrero de 1962, en ocasión de la Segunda Declaración de La Habana, Cuba reafirmó que había comenzado el proceso de construcción del socialismo. En esa oportunidad, Fidel sostuvo que el deber de todo revolucionario es hacer la revolución y que no era propio de revolucionarios sentarse para ver el cadáver del imperialismo sino que había que pasar a la acción.

La Segunda Declaración de La Habana lograba contentar a prácticamente todas las fuerzas de izquierda. El análisis histórico de América Latina, definido como un pasado feudal y con un presente en cual coexistían “una industria subdesarrollada con un régimen agrario de carácter feudal”, no entraba en contradicción con la tesis de la revolución por etapas, que muchas de las organizaciones armadas derivadas de los Partidos Comunistas prosoviéticos y pro-chinos sostenían. En cambio, para quienes pretendían volcarse a la guerrilla con el objetivo de desencadenar la revolución socialista tampoco existía contradicción alguna. La idea de la revolución en América Latina, como algo inevitable, se entroncaba sin obstáculos con las guerrillas.

A quienes no lograba contentar era a los soviéticos. El canciller ruso, Anastas Mikoyan, sostuvo que la Declaración se mostraba contraria a la política de coexistencia pacífica, y que no sólo privaba a Cuba del apoyo de otros países latinoamericanos, sino que, en el continente, perjudicaba a los propios partidos comunistas, cuyas quejas llegaban a Moscú (Bandeira, 2007: 409).

Prestes, líder del PCB, fue uno de los que hizo llegar su descontento. Todo parecía indicar que Cuba estaba brindando apoyo a las *Ligas Camponesas* brasileñas,²⁹ lo cual contradecía el proyecto de los comunistas. Según Prestes, los métodos proclamados en la Segunda Declaración de La Habana estaban dividiendo y perjudicando a la izquierda brasileña dado que en Brasil la democracia todavía funcionaba y que, todavía, era posible atraer a la burguesía para la formación de un frente único que conquistase el poder por la vía evolutiva (Bandeira, 2007).

En 1961, la definición de Cuba como socialista significó, para algunas fuerzas, el agotamiento de las tesis de los PCs y, a partir de allí, se revitalizaron los debates que venían de larga data entre comunistas y trotskistas. Asimismo, la ausencia de la dirigencia cubana en el proceso revolucionario de Cuba había alimentado esas tensiones en el campo de la izquierda.

Trotsky sostenía que la solución verdadera y completa de “las tareas democráticas y nacionales-libertadoras” sólo sería posible por medio de la dictadura del proletariado, que asumiría la dirección de la nación oprimida y, antes que nada, de sus masas campesinas. Según la tesis de Trotsky la revolución socialista no podría completarse dentro del modelo del Estado nacional, de ahí su carácter permanente, ya sea en un país atrasado, como en el caso de Cuba, o bien, en un país capitalista desarrollado.³⁰

En este contexto de revisiones, las tesis del maoísmo comenzaron a tener más presencia, en particular desde 1966, con la Revolución cultural china. En rigor, las transformaciones dentro los Partidos Comunistas de los años 1950 habían abonado el terreno para las disidencias internas, las cuales detonaron con vigor en los años 1960.

Mao Tse-tung ubicaba la guerra en el marco de una lucha imperialismo-nación. Dividía la situación de los países entre los capitalistas, en los cuales hay democracia burguesa y no existe el sistema feudal, y los semicoloniales o semif feudales, que no constituyen un Estado independiente y democrático. Según Mao Tse-tung, el uso de la guerra era el recurso de los pueblos semicoloniales con un Estado dependiente y subdesarrollado para la derrota de la burguesía y la clase terrateniente armadas.³¹

A diferencia del foco, la guerra popular debía llevarse a cabo a través de un frente de masas conducido por el “proletariado chino y su partido, el Partido Comunista de China”.

²⁹ Por una historia de las Ligas véase Azêvedo (1982)

³⁰ Estas tesis las expuso por primera vez en *La revolución permanente* (1930). El material que usamos se trata de una edición de 1969.

³¹ Mao Tse-tung expuso esto en “Problemas estratégicos de la guerra revolucionaria en China”, diciembre de 1936. El material que usamos se encuentra en una compilación de 1972.

Asimismo, la guerra, en los países más débiles, debía ser prolongada, considerando las diferencias con el ejército enemigo.

Las tesis de Mao acerca de la liberación nacional y el imperialismo se podían entroncar con otras experiencias revolucionarias, como las de Cuba, Vietnam y el resto de las experiencias del Tercer mundo. Esto permitió que, más allá de los partidos que se autodefinían como maoístas, hubiera organizaciones guerrilleras que reconocieran en el maoísmo sus influencias, aún sin asumir estrictamente la guerra popular prolongada. Este fue el caso de la *Ação Libertadora Nacional* (ALN) de Brasil³², el MLN-T³³ de Uruguay y los Montoneros de Argentina.³⁴

En suma, el proceso cubano encendió el debate acerca de la revolución en un momento en el que el Partido Comunista soviético dejaba de ser el modelo exclusivo de comunismo internacional. Así, se abrieron al menos cuatro debates dentro de la izquierda; *el carácter de la revolución*: revolución por etapas o revolución socialista; *las formas de llegar al poder*: partido marxista leninista o guerrilla; *las formas de lucha revolucionaria*: guerra popular prolongada / foquismo / guerrilla + lucha de masas; *el escenario de la revolución*: campo / ciudad / campo-ciudad / ciudad-campo.

La Tricontinental de 1966 y la Organización Latinoamericana de Solidaridad de 1967, ambas celebradas en La Habana, marcaron un nuevo momento histórico para las izquierdas latinoamericanas. Sin embargo, entre el triunfo de la Revolución y estos dos acontecimientos habían ocurrido varios eventos significativos.

Como sostiene Moniz Bandeira, la Revolución cubana tuvo en sus orígenes un carácter autóctono, nacional y democrático, probablemente más encadenado a experiencias como la Revolución Boliviana (1952-1964) al régimen reformista de Guatemala (1944-1954). El propio Fidel Castro sostuvo que la revolución no era capitalista ni comunista, sino una “revolución propia” (Bandeira, 2007:184-185), y Che Guevara indicó que la revolución era la más genuina creación de la improvisación y que no se ajustaba a ningún modelo preexistente.³⁵ La hipótesis de Moniz Bandeira es que el socialismo en Cuba devino de una contingencia histórica vinculada a la conflictiva relación de los Estados Unidos con la isla, que impulsó a los cubanos al acercamiento a la URSS.

Ernesto Guevara fue uno de los que expresó su insatisfacción respecto de la relación de Cuba con Moscú. En 1964, tras firmarse el Tratado Comercial con la URSS, que suponía el compromiso de la potencia soviética a la compra de azúcar, Guevara comenzó a manifestar su descontento. Entendía que este convenio condenaba a la economía cubana al monocultivo, subordinando la diversificación agrícola y el desarrollo industrial, y que significaba una división internacional del trabajo. Para Guevara, este acuerdo ubicaba a Cuba en el rol de productora y exportadora de azúcar dentro del bloque comunista, un papel similar al que tenía antes respecto de los Estados Unidos (Nercesian, 2010a).

La industrialización, la diversificación de la producción y el intercambio eran, de alguna manera, preocupaciones que acuciaban a América Latina desde los años cincuenta, aunque, claro está, el carácter socialista del proyecto cubano imprimía diferencias sustanciales. Mientras que el modelo cepalino proponía un desarrollo económico de carácter burgués y, en el mejor de los casos, una ampliación de la propiedad estatal, Guevara ponía el énfasis en la socialización de los medios de producción como premisa para el desarrollo.

Guevara proponía una economía de planificación centralizada que eliminase el intercambio mercantil y que, sin desprestigiar los estímulos materiales, jerarquizará los estímulos morales.³⁶ Debía crearse “la idea general de cooperación entre todos, la idea de pertenecer a un gran conjunto”, e impulsar “el desarrollo de su conciencia del deber social” (Bandeira, 2007:435). Asimismo, para la construcción del socialismo, es decir, de una nueva sociedad, era

³² “Reportaje sobre la guerra revolucionaria”, 1969, (en Mariguella, 1970).

³³ MLN-T, Documento N° 5, diciembre de 1970.

³⁴ Reportaje de 1971 publicado en *América Latina en Armas* (1971)

³⁵ “Carta al escritor Ernesto Sábato”, 12 de abril de 1960 (Guevara, 2007a:158).

³⁶ “Actas del Ministerio de Industrias, reunión bimestral”, 20 de enero de 1962 (en Guevara, 2007b: 254).

necesario crear un hombre nuevo con relaciones basadas en la conciencia y en la ética de la solidaridad.³⁷

El descontento con los soviéticos fue expuesto por el Che en el discurso de Argel de febrero de 1965. Allí cuestionó a la URSS, sosteniendo que no era posible hablar de “comercio de beneficio mutuo” cuando éste se basaba en los precios que la ley del valor y las relaciones de intercambio desigual imponían a los países atrasados. Asimismo, agregó que en este tipo de relaciones los países socialistas son, en cierta manera, cómplices de la explotación imperialista.³⁸

Este discurso de Guevara fue publicado en *Marcha* en noviembre de 1967. Con esto, no sólo el tercerismo uruguayo (frustrado en 1961 con la Cuba socialista) hallaba su reconciliación con Guevara, sino que también muchos otros grupos, que se erigían como alternativa a la URSS, como los partidos o las guerrillas maoístas, encontraron en Argel la horma de su zapato.

Guevara tenía simpatías por procesos como el de China, en el cual veía ciertas similitudes con el de la isla.³⁹ De ahí que, durante estos años, China y otros países dentro de los llamados “subdesarrollados” se tornaron un modelo a seguir en la lucha contra el imperialismo. En este contexto, Guevara fue fortaleciendo su convicción sobre la necesidad de llevar la lucha antiimperialista a otros países.

Tras su renuncia al Ministerio de Industrias en 1965, Guevara se dirigió al Congo para tomar parte en la experiencia guerrillera de ese país. El triunfo político de su participación fue la creación de un organismo intercontinental con sede en La Habana, la Primera Conferencia de Solidaridad de los Pueblos de Asia, África y América Latina (Tricontinental), que se llevó a cabo en 1966. Allí, Guevara envió el siguiente mensaje: “Crear dos, tres... muchos Vietnam es la consigna”. En poco tiempo, se produjo un nuevo encuentro, la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), celebrada entre julio y agosto de 1967.

Estos acontecimientos darían impulso a la Revolución en los países del Tercer Mundo. Tras producirse la clausura política en varios de ellos, se desarrollaron distintos proyectos revolucionarios armados, muchos de los cuales asumían la guerrilla urbana como método.

En este marco, algunas organizaciones elaboraron textos operativos sobre la guerrilla urbana puesto que, tanto *Guerra de guerrillas* como los textos de Debray, estaban orientados solamente a la guerrilla rural. En 1968, el MLN-T publicó *Apuntes sobre la lucha urbana*, que tuvo circulación en la militancia Tupamara. En 1969, Carlos Marighella, líder de la ALN, escribió *El minimanual del guerrillero urbano*, que alcanzó una enorme repercusión entre las izquierdas latinoamericanas.

Como se ha visto, la Revolución Cubana instaló la revolución como posibilidad en América Latina y funcionó como disparador de distintos proyectos revolucionarios. Los sucesos de Cuba impactaron no sólo en las izquierdas sino que irradiaron sobre las fuerzas todos los colores políticos. Sin dudas, la experiencia de Cuba agregaba una nueva perspectiva desde la cual volvían a debatirse aquellos problemas que América Latina discutía desde los años cincuenta.

6. América Latina y los debates sobre la dependencia y el imperialismo

En los años sesenta, el problema del desarrollo en América Latina tomaría un nuevo cariz. Con el agotamiento de las experiencias desarrollistas y populistas, la polarización impulsada por la guerra fría, el impacto de la Revolución cubana y los golpes de estado en Brasil (1964) y Argentina (1966), distintas premisas provenientes del cepalismo, el nacionalismo económico, el antiimperialismo y el marxismo convergieron en las ideas de la dependencia (Terán, 2008). Si bien es cierto que el antiimperialismo no era un fenómeno nuevo, sí era una novedad la perspectiva más radicalizada que trajo consigo la Revolución Cubana.

Es cierto que sería injusto atribuir el surgimiento de la corriente de la dependencia solamente al grupo de intelectuales brasileños, pero también lo sería desdibujar el papel que

³⁷ “Una actitud nueva frente al trabajo”, agosto de 1964 (en Guevara, 1996:147).

³⁸ Guevara, Ernesto en *Cuadernos de Marcha*, N° 7, noviembre de 1967.

³⁹ “Informe de un viaje a los países socialistas”, 31 de diciembre de 1960 (en Guevara, 1996:52-53).

tuvo Brasil en este proceso.⁴⁰ Las teorías de la dependencia y el imperialismo habían comenzado a ser discutidas desde los tempranos años 1960 desde la *Escola de Sociologia* de la *Universidade de São Paulo*, primero bajo el liderazgo de Florestan Fernandes y después de Fernando Henrique Cardoso. Desde su creación, la *Escola* fue delineando una postura crítica política y académica al ISEB y la CEPAL de los años 1950.⁴¹ Si el enfoque de ambas instituciones correspondió a la interpretación nacional-burguesa de Brasil y su visión del desarrollo estaba ligada a la idea de la revolución nacional, la *Escola de São Paulo* estuvo más vinculada a las tesis de la dependencia. Esto significaba cuestionar algunas ideas instaladas desde la década de 1950: la visión dual de las sociedades latinoamericanas, el papel de las clases, en particular el de la burguesía, y el proceso revolucionario. El aporte de la *Escola* fue poner de relieve el conflicto de clases y cuestionar posibles acuerdos nacionales (Bresser Pereira, 2006).

El golpe de estado brasileño – el primero de la saga de dictaduras institucionales del Cono Sur – contribuyó a zanjar discusiones que ya venían de la segunda posguerra. Como primera respuesta, todo el campo de la izquierda cuestionó la inacción del PCB y el PCdoB en el momento del golpe. En un segundo momento, se planteó una discusión que no era nueva – y menos dentro del comunismo – pero que, tras la evidencia del golpe militar, mostraba la herida abierta: cuál era el verdadero papel de la burguesía.

Esta última discusión se libró en la *Escola de Sociologia*. Desde allí comenzaba a sostenerse que la burguesía aliada a los intereses de los Estados Unidos no tenía ningún carácter nacional. Frustrado el modelo nacionalista desarrollista de los años 1950 y, tras la Revolución cubana, la burguesía había afianzado sus articulaciones con los Estados Unidos en la lucha anticomunista, lo cual se demostraba, todavía más, con el golpe de 1964. El trabajo de Fernando Henrique Cardoso, *Empresariado Industrial e Desenvolvimento Econômico* (1964), fue clave en la consolidación de esta postura. Allí, el autor ponía en evidencia la vinculación del empresariado brasileño con el imperialismo.

Dentro del campo de la izquierda política hubo un cuestionamiento no sólo a la inacción del PCB y el *Partido Comunista do Brasil* (PCdoB) en el momento del golpe, sino también a las posiciones teóricas de la llamada izquierda tradicional. Si antes del golpe militar había sectores dentro del comunismo que dudaban sobre el papel de las burguesías en el proceso revolucionario, después de 1964 ya no había lugar a discusión. Este cuestionamiento reforzó las posiciones contrarias al modelo de transición que suponía una etapa previa democrático-burguesa (que defendía tanto el PCB como el PCdoB), dando lugar al surgimiento de organizaciones que proponían la revolución socialista directamente.

Asimismo, dentro del PCB, Caio Prado Junior, uno de los mayores historiadores brasileños y de los pocos marxistas de escala nacional – definido así por Jacob Gorender (2003) – cuestionó en forma teórica las posiciones del PCB en su trabajo *A revolução brasileira* (1966). Incluso, aun sin proponérselo expresamente, cuestionó las posturas del ISEB con las cuales los comunistas habían comulgado durante la década anterior.

El libro de Prado J. ponía en cuestión la tesis sobre el carácter feudal de la sociedad brasileña, la existencia de una burguesía nacional antiimperialista y, en consecuencia, la necesidad de la revolución democrático burguesa. Según el autor, el error en que la izquierda incurría, y particularmente el PCB, era que recuperaba teorías apriorísticas y las aplicaba mecánicamente a la realidad brasileña. En *A revolução* se observa el cuestionamiento del papel de la burguesía y de las vinculaciones de ésta con el imperialismo.

⁴⁰ Fernanda Beigel (2006) propone hablar en plural de enfoques y “teorías” de la dependencia, pues de ese modo es posible expresar con mayor propiedad un conjunto complejo y heterogéneo de materiales que fueron publicados desde 1965, por autores como Osvaldo Sunkel, Enzo Faletto, Fernando Henrique Cardoso, Andre Gunder Frank, Fernando Velazco Abad, Aníbal Quijano, Ruy Mauro Marini, Celso Furtado, Theotônio Dos Santos, Vania Bambirra, Franz Hinkelammert, entre tantos otros.

⁴¹ En 1954 el sociólogo Florestan Fernandes asumió la Cátedra de Sociología I de la *Universidade de São Paulo* y desde allí organizó un grupo que pasó a denominarse la *Escola de Sociologia de São Paulo*. El núcleo inicial estuvo formado por Florestan Fernandes, Fernando Enrique Cardoso, Octavio Ianni y Renato Jardim, entre otros (Liedke, 2003).

El libro de Prado Jr. marcó un antes y un después para muchos sectores dentro de la izquierda comunista. Además, apareció en un momento de críticas internas del partido, luego de las transformaciones de la década de 1960 y, sobre todo, luego del golpe de 1964. La falta de resistencia, el burocratismo del partido y la dependencia de Moscú fueron los principales cuestionamientos de una izquierda que, luego de la Revolución Cubana, con la repercusión de la Revolución China y los procesos de descolonización de Asia y África, veía ampliar su repertorio de opciones revolucionarias.

En Chile, desde una perspectiva trotskista, el historiador Marcelo Segall criticó a los partidarios del feudalismo latinoamericano. Según él, el peso de la minería, una industria típicamente capitalista, en la economía chilena hacía imposible que se hablara de feudalismo. Inclusive, en su libro *Desarrollo del capitalismo en Chile: cinco ensayos dialécticos*, de 1953, reconstruye el conflicto social y la lucha de clases desde el siglo XIX, para probar los orígenes de una ideología combativa y revolucionaria dentro del proletariado nacional.

También desde el trotskismo, Luis Vitale cuestionó la tesis del feudalismo chileno. Vitale estuvo vinculado al Partido Obrero Revolucionario (POR), fue dirigente nacional de la Central Unitaria de Trabajadores (CUT) y miembro del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). En 1962 escribió el libro *Historia del Movimiento Obrero*, donde plasmó estas tesis que alcanzaron gran repercusión dentro la izquierda chilena.⁴²

Como se dijo, la hibridación entre cepalismo, nacionalismo económico, antiimperialismo y marxismo dio lugar a las ideas sobre la dependencia. El brasileño Fernando Henrique Cardoso es, probablemente, uno de los máximos exponentes de esta hibridación, tanto por su obra como por su trayectoria intelectual e institucional. Tras su paso por la *Escola de Sociologia* y luego del golpe de 1964, Cardoso se exilió en Santiago de Chile, como tantos otros intelectuales brasileños. Allí, dio clases en la FLACSO y trabajó junto al argentino Raúl Prebisch y el chileno Enzo Faletto en la CEPAL.

A mediados de los años sesenta, Cardoso y Faletto publicaron *Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayos de interpretación sociológica*, un texto de gran repercusión en la región que – podríamos decir un poco arbitrariamente – dio nacimiento a una serie de publicaciones sobre el tema. El libro fue escrito entre los años 1966 y 1967, pero fue difundido masivamente, tras su publicación en 1969 por Siglo XXI editores de México.

El material se convirtió rápidamente en un texto ineludible gracias a su abordaje sobre las nociones de dependencia, centro y periferia. La clave del libro era que la noción de dependencia comenzaba a ser tratada no sólo desde su dimensión externa (como hasta entonces había sido abordada) sino también interna. Es decir, se consideraba la estructuración interna de las sociedades capitalistas dependientes bajo una doble dialéctica: la de su propia dinámica o conflictividad de clases y la del proceso de internalización de los factores externos.

La corriente de la dependencia retomó muchas de las premisas de cepalinas pero introdujo un análisis centrado en la lucha de clases. No por casualidad el otro conjunto de intelectuales brasileños del cual se nutrió la corriente había integrado un grupo de estudios sobre *El Capital* en los años 1960 (entre los cuales se pueden citar a Teotonio dos Santos y Ruy Mauro Marini).⁴³ En 1963 el economista André Gunder Frank dio un seminario en la Universidad de Brasilia, invitado por el antropólogo Darcy Ribeiro. A ese seminario asistieron Theotonio dos Santos, Ruy Mauro Marini, Vania Bambirra, entre otros. A este grupo los unían intereses intelectuales y políticos compartidos (Dos Santos, 2005).

Parte de su influencia teórica estaba en los materiales del economista André Gunder Frank, en particular, en un texto clave, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina* (1982), publicado por primera vez en 1965. Frank sostenía que América Latina siempre había sido capitalista y que una de las claves explicativas del subdesarrollo de los países latinoamericanos

⁴² En 1965, Vitale fue parte del proceso mediante el cual el POR se disolvió para formar, junto a otros grupos, el MIR. Cuando asumió la dirección Miguel Enríquez, Vitale fue apartado.

⁴³ Dentro de este grupo estuvieron Ruy Mauro Marini, Teotonio Dos Santos, Luis Fernando Victor, Teodoro Lamounier, Albertino Rodríguez, Perseo Abramo y Vania Bambirra.

se hallaba básicamente en la relación metrópoli-satélite, donde la primera tendía a desarrollarse y la segunda a subdesarrollarse.⁴⁴

Algunos de estos brasileños venían compartiendo recorridos académicos y políticos en torno a la revista *Política Operária* (1961) (también llamada por sus siglas POLOP).⁴⁵ La POLOP cuestionaba la revolución por etapas que proponía el PCB y las posibilidades de alianza con la burguesía. Por el carácter dependiente de Brasil, esta última establecía alianzas con el latifundio y el imperialismo; es decir, no había contradicción entre las clases dominantes. Así, un gobierno nacionalista y democrático era inviable y era necesaria la construcción de una vanguardia obrera, liberada de la tutela de la burguesía, para avanzar en la construcción del socialismo.⁴⁶

La revista tuvo gran repercusión dentro del medio estudiantil por el papel de intelectuales-académicos de muchos de quienes escribían allí. Su influencia en la vida política no se redujo a la publicación del periódico. En torno a la publicación se formó una organización que llevó el nombre de *Organização Revolucionária Marxista - Política Operaria* (ORM-POLOP), de gran injerencia en el movimiento estudiantil, en menor medida en el movimiento obrero y en algunos sectores de las Fuerzas Armadas.

Tras el golpe de 1964, Chile se convirtió en el lugar elegido por este grupo de intelectuales brasileños que, una vez instalado allí, se nucleó en el Centro de Estudios Socio-Económicos (CESO) de la Facultad de Economía. El Centro estuvo bajo la dirección de Teotonio dos Santos y desde allí se dio continuidad a los debates y a la producción académica inicial. Luego del golpe de 1973, el CESO fue destruido y el grupo volvió a dispersarse.

Muchos de ellos colaboraron con el MIR chileno, tal como recuerda Andrés Pascal Allende: “buscamos la colaboración de intelectuales muy destacados como André Gunder Frank, Vasconi, Ruy Mauro Marini (que llegó a ser destacado miembro de nuestro Comité Central), Teotonio Dos Santos” (Pascal Allende, 2003: 45). Las tesis de la dependencia, se entroncaban con los planteos del MIR acerca de la revolución socialista, la inviabilidad de la alianza con la burguesía y la vía armada. Esto se vio especialmente, tras la asunción de Miguel Enríquez como Secretario General del MIR, en 1967.

La consecuencia política de estas tesis era el rechazo a la alianza con la burguesía, toda vez que ésta era vista como una aliada necesaria del imperialismo. La influencia de las ideas de Frank y de toda esta corriente pudo observarse en algunas organizaciones armadas brasileñas como el *Movimiento Revolucionário- 8 de Outubro* (MR-8) y en la ORM-POLOP, así como en el MIR chileno.

En 1970 tras la victoria de la Unidad Popular en Chile se abrió un nuevo escenario político para la región. Era la primera vez en la historia latinoamericana que una coalición de izquierdas lograba conquistar el poder por la vía institucional, con un programa que impulsaba transformaciones radicales para el país. Poco después, y a instancias de la experiencia chilena, se creó el Frente Amplio en Uruguay. Si bien el Frente debió esperar muchos años para llegar al poder, fue indudable su gravitación en la vida política uruguaya, pues en su debut electoral de 1971 lograba romper con el histórico bipartidismo. Era evidente que la década de los setenta señalaba una nueva temporalidad para América Latina.

⁴⁴ Hay que señalar que el libro de Frank se nutre de los materiales de Sergio Bagú, Fernando Henrique Cardoso, Aldo Ferrer, Arturo y Silvio Frondizi, Carlos Fuentes, Celso Furtado, Pablo González Casanova, Octavio Ianni, Julio César Jobet, José Carlos Mariátegui, Ruy Mauro Marini, Aníbal Pinto Santa Cruz, Caio Prado Júnior, entre tantos otros (véase Frank, 1982).

⁴⁵ Entre los colaboradores de la revista se encontraban Theotonio dos Santos, Vania Bambirra, Luiz Alberto Moniz Bandeira, Juarez Guimarães de Brito, Ruy Mauro Marini, Eder y Emir Sader.

⁴⁶ “O sindicato na vida política do país”, Eder Simão Sader, en *Política Operária*, Octubre de 1963. Véase también “Uma política operária para Brasil”, Ruy Mauro Marini, en *Política Operária*, Octubre de 1963.

7. Breves palabras finales

Los años sesenta tuvieron una gravitación inusitada en la historia política de la región. Con todo, la década precedente – muchas veces olvidada por su menor radicalidad – fue crucial en cuanto al despliegue de debates sobre la realidad latinoamericana. Muchos de estos debates fueron retomados tiempo más tarde en los años sesenta. Aunque desde un nuevo prisma revolucionario, la modernización, el desarrollo, la industrialización, el papel de las clases y la relación centro-periferia continuaron siendo ejes de discusión de las distintas alternativas políticas. En este marco, la necesidad de cambio se convirtió en el común denominador de las fuerzas de todos los colores políticos.

BIBLIOGRAFÍA

Aarão Reis, Daniel (1990): *A revolução faltou ao encontro, os comunistas no Brasil*, Editora Brasiliense, São Paulo.

Aldrighi, Clara (2001): *La izquierda armada*, Trilce, Montevideo.

Altamirano, Carlos (1997): “La pequeña burguesía, una clase en el purgatorio”, en *Prismas Revista de Historia Intelectual*, N° 3, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, pp. 105-123.

Altamirano, Carlos (2001): *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Ariel, Buenos Aires.

Ansaldi, Waldo; Funes, Patricia (1998): “Viviendo una hora latinoamericana acerca de rupturas y continuidades en el pensamiento en los años veinte y sesenta”, *Cuadernos del CISH* N° 4, La Plata, pp. 13-75. También disponible en: www.catedras.fsoc.uba.ar/udishal

Ansaldi, Waldo (1991): *La búsqueda de América Latina*, Cuadernos Instituto de Investigaciones- Facultad de Ciencias Sociales, Buenos Aires.

Astori, Danilo (1990): *La política económica de la dictadura*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.

Azêvedo, Fernando Antônio (1982): *As Ligas Camponesas*, Paz e Terra, Rio de Janeiro.

Bandeira, Luiz Alberto Moniz (2007): *De Martí a Fidel*, Norma, Buenos Aires.

Beigel, Fernanda (2006): “Vida, muerte y resurrección de las “teorías de la dependencia”, en *Crítica y Teoría del pensamiento social latinoamericano*, CLACSO, Buenos Aires, pp. 287-326.

Bresser Pereira, Luiz Carlos (2006): “De la CEPAL y el ISEB a la teoría de la Dependencia”, *Desarrollo Económico*. vol. 46, N° 183, octubre-diciembre, pp. 419-439.

Caetano, Gerardo; Gallardo, Javier, Rilla, José (1995): *La izquierda uruguaya. Tradición, innovación y política*, Trilce, Montevideo.

Cardoso Fernando Henrique; Faletto, Enzo (1998): *Dependencia y desarrollo en América Latina*, Siglo XXI, México.

Correa Sutil, Sofía (2004): “El pensamiento en Chile en el siglo XX bajo la sombra de Portales” en Oscar Terán (coord.), *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*, Siglo XXI, Buenos Aires, pp. 211-305.

Daire, Alonso (1988): “La política del Partido Comunista desde la post-guerra a la Unidad Popular”, en Varas, Augusto (compilador), *El Partido Comunista de Chile*, CESOC – FLACSO, Buenos Aires, pp. 141-238.

Debray, Régis (1967): *¿Revolución en la revolución?*, en *Casa de las Américas*. Disponible en: http://www.elhistoriador.com.ar/articulos/los_70/elhistoriador-revolucion_en_la_revolucion.pdf

- Devés Valdés, Eduardo (2008): *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Desde la CEPAL al neoliberalismo*, Biblos, Buenos Aires.
- Dos Santos, Teotonio (2005): “André Gunder Frank”, en *e-I@tina*, Vol. 3, núm. 11, abril-junio, Buenos Aires. Disponible en <http://iigg sociales.uba.ar/hemeroteca/elatina/elatina11.pdf/>
- Drago, Tito (2003): *Allende. Un mundo es posible*, Ril editores, Santiago.
- Fanon, Frantz (1971): *Los condenados de la tierra*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Funes, Patricia (2006): *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*, Prometeo, Buenos Aires.
- Frugoni, Emilio (1960): *Pensamiento Socialista*, Ediciones del Partido Socialista, Montevideo.
- Gambini, Hugo (1968): *El Che Guevara*, Paidós, Buenos Aires.
- Garcé, Adolfo (2009): “Economistas y política en Uruguay (1932-2004)”, *Revista Quantum*, Vol. IV, N°1, Junio, Montevideo, pp. 80-97.
- Gazmuri, Cristián (s/f): “Una interpretación política de la experiencia autoritaria (1973-1990)”, Pontificia Universidad Católica de Chile, Publicaciones electrónicas, Instituto de Historia, www.hist.puc.cl [descargado en 2003]
- Gilman, Claudia (1993): “Política y cultura: Marcha a partir de los años sesenta”, en *Nuevo texto crítico*, vol. VI, n° 11, pp. 153-186.
- Gilman, Claudia (2003): *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Gomes, Gabriela (2011): “Las tradiciones corporativistas en la dictadura pinochetista” en Nercesian Inés (coord.): *Dossier Chile*, Observatorio Latinoamericano N° 8, Agosto, 2011, Buenos Aires, pp. 134-149. Disponible en <http://iealc sociales.uba.ar/files/2011/08/OL8-DossierChile.pdf>
- Guevara, Ernesto (1996): *Obras Completas*, Legasa, Buenos Aires.
- Guevara Ernesto (2007a): *Selección de escritos. Homenaje a 40 años de su muerte*, Manuel Guerra, Buenos Aires.
- Guevara, Ernesto (2007b): *Apuntes críticos a la Economía Política*, Ocean Sur, Bogotá.
- Gunder Frank, André (1982): *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, Siglo XXI, México.
- Halperin Donghi, Tulio (1998): *Historia contemporánea de América Latina*, Alianza, Madrid.
- Jauretche, Arturo (1973): *El Plan Prebisch. Retorno al coloniaje*, A. Peña Lillo Editor, Buenos Aires.
- Jobet, Julio César (1971): *El Partido Socialista de Chile*, Tomos I y II, Ediciones Prensa Latinoamericana, Santiago.
- Lessa, Alfonso (2003): *La revolución imposible*, Fin de Siglo, Montevideo.
- Liedke Filho, Enno (2003): “A sociología no Brasil: história, teorias e desafios”. *Sociologias*, año 7, n° 11, jul/dic., Porto Alegre, pp. 376-437.
- Mao Tse-Tung (1972): *Selección de Escritos militares*, La rosa blindada, Buenos Aires.
- Marighella, Carlos (1970): *Escritos revolucionarios*, Andrade, Buenos Aires.
- MLN-T, *Apuntes sobre la lucha urbana*, abril 1968.
- MLN-T, Documento N° 5, diciembre de 1970.
- Moraes, Dênis de; Viana, Francisco (1982): *Prestes: lutas e autocríticas*, Vozes, São Paulo.

- Moulian, Tomás (2006): *Fracturas. De Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende (1938-1973)*, LOM- Universidad Arcis, Santiago.
- Nercesian, Inés (2010a): “Ernesto Che Guevara: el antiimperialismo y la construcción del socialismo en Cuba”, *História & luta de classes*, Año 6, Edición N°9, Junio, Brasil, pp. 55-60.
- Nercesian, Inés (2010b): “Controversias, transformaciones y fracturas en el Partido Comunista Brasileiro (1922-1960)”, en *Estudios Sociales*, N°39, Santa Fe, pp. 119-145.
- Nercesian Inés (2010c): “Los ecos de una revolución inconclusa. Artigas y el MLN-Tupamaros”, en Ansaldi, Waldo; Funes, Patricia y Villavicencio, Susana (coordinadores), *Bicentenario: otros relatos*, Editores del Puerto, Buenos Aires, pp. 169-188.
- Pascal Allende, Andrés (2003): *El MIR chileno: una experiencia revolucionaria: a los 36 años del surgimiento del MIR*, Cucaña Ediciones, Buenos Aires.
- Pérez, Jaime (1986): *Nada ha sido en vano*, Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo.
- Pinto Santa Cruz, Aníbal (1959): *Chile, un caso de desarrollo frustrado*, Editorial Universitaria S.A., Santiago.
- Ponza, Pablo (2006): “Intelectuales y lucha armada en Argentina. La década del sesenta” en *e-latina. Revista electrónica de estudios latinoamericanos*, Vol. 4, n° 15, abril-junio, Buenos Aires, pp. 3-14. Disponible en: <http://www.iigg.fsoc.uba.ar/elatina.htm>
- Puiggrós, Rodolfo (1986): *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, Hyspamérica, Buenos Aires.
- Rama, Germán (1987): *La democracia en Uruguay*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires.
- Schilling, Paulo (1978): *El expansionismo brasileño*, el Cid Editor, Buenos Aires.
- Sáez, Hugo Enrique (2009): *La fundación de la CEPAL en México. Desde sus orígenes hasta 1960*, Sede Subregional de la CEPAL en México, DF. México.
- Segall, Marcelo (1953): *Desarrollo del capitalismo en Chile: cinco ensayos dialécticos*, Del Pacífico, Santiago.
- Tavares Coelho, Marco Antônio (2006): “Política de Alianzas entre 1945 e abril de 1964”, en *História Viva*, N° 5, Rio de Janeiro, pp. 48-55.
- Terán, Oscar (2008): *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Terán, Oscar (1993): *Nuestros años sesentas*, El cielo por Asalto, Buenos Aires.
- Tortti, María Cristina (2000): “Protesta social y 'Nueva Izquierda' en la Argentina del 'Gran Acuerdo Nacional'”, en Camarero, Hernán; Pozzi, Pablo; Schneider, Alejandro: *De la Revolución Libertadora al menemismo*, Imago Mundi, Buenos Aires, pp.129-154.
- Treviño Jesús A. (2006): “Conversación con Osvaldo Sunkel”. Disponible en: <http://ww2.ie.ufrj.br/hpp/intranet/pdfs/conversacomosvaldosunkel.pdf>
- Trotsky, León (1969): *La revolución permanente*, Coyoacán, Buenos Aires.
- Rey Tristán, Eduardo (2006): *A la vuelta de la esquina. La izquierda revolucionaria uruguaya 1955-1973*, Fin de Siglo, Montevideo.
- Valdivia Ortiz de Zárate, Verónica (2006): *Su revolución contra nuestra revolución. Izquierdas y derechas en el Chile de Pinochet (1973-1981)*, LOM, Santiago.
- Valdivia Ortiz de Zárate, Verónica (2011): “Al rescate del Municipio. La síntesis ideológica de la dictadura pinochetista” en Nercesian Inés (coord.): *Dossier Chile*, Observatorio Latinoamericano N° 8, Agosto, Buenos Aires, pp. 108-133. Disponible en <http://iealc.sociales.uba.ar/files/2011/08/OL8-DossierChile.pdf>

Weffot, Francisco (1999): “El populismo en la política brasileña”, en Mackinnon, María Moira; Petrone, Mario Alberto. *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la centista*, Edudeba, Buenos Aires, pp. 135-152.

Witker, Alejandro (comp.) (1993): *Historia documental del PSCH 1933-1993. Signos de identidad*, IELCO/Archivo Salvador Allende, Concepción.

Yaffé, Jaime (2009): “Proceso económico y política económica durante la dictadura (1973-1984)”, en AA.VV. *La dictadura cívico-militar. Uruguay 1973-1985*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, pp. 117-178.